

CAPITULO XXXVII.

Cortés derrota á los indios que se oponen á su desembarque.—Penetra en la ciudad de Tabasco.—Gran batalla de Tabasco ganada por los españoles.—Ofrécele su amistad el Cacique.—Regalos que hace á Cortés.—La esclava Marina.—En San Juan de Ulúa recibe Cortés á los embajadores mejicanos.

Deseroso Hernan Cortés de evitar en cuanto posible fuese toda colision con los indigenas, ordenó á sus soldados que permanecieran quietos sin ofender á sus contrarios, hasta que la agresion partiera de estos.

No se hizo esperar este caso. Aproximáronse en sus canoas hasta la distancia que creyeron conveniente, y una vez allí, tanto los indios que iban en ellas como los que cubrian las márgenes del río, dispararon tanta multitud de flechas, que los españoles tuvieron necesidad de cubrirse cuanto les fue posible para no ser víctimas de la agresion.

Rotas ya las hostilidades, atacaron estos con ímpetu, y á su vez los indios retrocedieron, arrojándose muchísimos al agua para ganar mas pronto la orilla.

Una vez nuestros buques dentro del río, desembarcóse la fuerza, y mientras Alonso Dávila al frente de cien soldados, se dirigia por orden de Cortés á apoderarse de la poblacion próxima, que se llamaba Tabasco, con el resto de la fuerza caia sobre la muchedumbre de indios que trataba de resistirle, consiguiendo desbaratarles y ponerles en fuga dejando en el campo multitud de muertos.

Una vez en la ciudad abandonada por los enemigos, dedicóse Cortés á reparar sus fortificaciones, y al dia siguiente se notó, con profundo desaliento, que el intérprete indio que habia llevado desapareció suponiéndose muy fundadamente que se marchó con los indios.

Pérdida era esta que debía en gran manera llamar la atencion de Hernan Cortés, pues aquel indio podia destruir muchas de las creencias de sus compañeros, creencias en las que estribaba en mucho la fuerza de los españoles, como la de que no eran inmortales como ellos creian y el corto número de soldados que llevaba el General; mas como no habia medio posible de evitar lo sucedido, necesario fué conformarse y tratar solo de aumentar las precauciones.

En su virtud, decidió salir en descubierta los capitanes Pedro de Alvarado y Francisco de Lugo, cada uno por distinta parte y con cien hombres, al objeto de ver si descubrian al enemigo.

A poco mas de una hora de marcha, la compañía que mandaba Lugo se vió atacada por fuerzas muy superiores, en tales términos, que á no presentarse Alvarado, que pudo escuchar los disparos y acudir en socorro de sus compañeros, hubieran pasado estos muy mal; y aun así la victoria estaba muy lejos de ser alcanzada por los nuestros.

Cortés, á quien se le envió aviso, salió tambien en su socorro, y merced á este regresaron á Tabasco con algunos prisioneros, por los que supieron, con ayuda de Aguilar que se habian reunido todos los caciques de aquellos contornos, y que al dia siguiente un número considerable de indios caería sobre los españoles, pues así estaba acordado.

Cortés reunió á su gente, expresóle la situacion en que estaba, y por acuerdo general se decidió salirle al encuentro, para cuyo efecto se desembarcaron los caballos y la artillería, siendo conducidos los heridos á los buques, y al dia siguiente salió al frente de su hueste á presentar la batalla á los indigenas, anticipándose á los designios de estos.

Reñida fue la lucha, pues, segun cuenta el mismo Cortés, aun cuando nosotros lo creemos tambien exagerado como otros historiadores, los indios ascendian á cuarenta mil, y únicamente merced á la artillería y al espanto que les causaron los caballos, unido á la organizacion de los nuestros, consiguió vencerles, haciéndoles buen número de prisioneros.

Al dia siguiente llamó Cortés á su presencia á los indios presos, y despues de tratarles con dulzura y afecto, les hizo varios regalos y los dejó en libertad.

Poco se hizo esperar el resultado de este paso que demuestra el tacto político del general español. A poco llegaron varios indigenas cargados de maiz, gallinas y toda clase de vituallas, y tras estos una embajada del cacique principal de Tabasco proponiendo la paz.

Ajustóse esta finalmente, y el mismo cacique fue á visitar á Cortés, llevándole entre otros presentes, veinte indias perfectamente adornadas segun el uso del país, las que, segun manifestó, se las regalaba para que, durante su viaje, cuidasen de su regalo y del de sus compañeros.

Entre estas estaba una mas hermosa que las demás y que parecia aventajarlas á pesar de su humilde estado, en la limpieza de su estirpe.

Esta india fue la que mas tarde, y bautizada con el nombre de Marina, tan gran papel jugó en la conquista de Méjico, prestando grandes servicios al General, con quien llegó á unirse en un trato mas íntimo que el que la moral exigia, teniendo de ella un hijo que con el tiempo se llamó D. Martin Cortés, y que llegó á vestir el hábito de Santiago.

Segun Bernal Diaz del Castillo, era esta india hija de un cacique de Guazacoalco, que era una de las provincias del imperio mejicano, y la cual, por acontecimientos desconocidos, tal vez por los autores que de esto han tratado, toda vez que hay gran variedad en

sus versiones, fue trasportada á Xicalango, plaza fuerte, en la cual vivió bastante pobremente.

En este estado y desconocida su nobleza, bien por venta, bien por los azares de alguna guerra, pasó á ser esclava del cacique de Tabasco, de donde la casualidad la condujo á poder de Cortés para servirle de intérprete con los mejicanos, y aconsejar con suma prudencia y siempre en su beneficio, al enamorado General y á sus compañeros.

El domingo de Ramos celebráronse con gran pompa las ceremonias de nuestra santa Religion en medio del respetuoso asombro de los indios, y al dia siguiente embarcáronse nuestros expedicionarios, siguiendo toda la costa hasta llegar á San Juan de Ulúa donde dieron fondo.

En este punto recibió Cortés á los embajadores que le enviaba Motezuma, el emperador mejicano, á cuyas noticias habia llegado ya la estancia de los españoles en sus dominios.

Llevábanles grandes regalos y de mucho valor, y el encargo de saber quiénes eran y qué querian, ofreciéndoles cuantos auxilios pudieran necesitar para proseguir su viaje.

Cortés les recibió afablemente, hizoles á su vez algunos regalos, y les manifestó que su venida no tenia mas objeto que el de ofrecerle la amistad de su rey y tratar, sin hostilidad de ninguna especie, de asuntos importantísimos para el Monarca y para sus pueblos, para lo cual se veria con sus gobernadores, esperando encontrar en ellos una buena acogida.

Inmediatamente que los embajadores se marcharon, ordenó Cortés que se desembarcase la gente, la artillería y los caballos, y se formase un campamento en la playa, para lo cual ayudaron de buen grado los mismos indios, segun orden que para este efecto habianles dado los embajadores.

Nuevas embajadas siguieron á la anterior, embajadas que traian grandes presentes, y en las que se advertia el recelo que inspiraban á Motezuma aquellos extranjeros que tan poderosos y atrevidos se mostraban.

Con ellos iban pintores que dibujaban los caballos, las armas, las embarcaciones y cuanto era desconocido para ellos, al objeto de enviárselo al Emperador, para que pudiese formar juicio exacto de la clase de gente que habia penetrado en su territorio.

Cortés, para dar una muestra de su poder á los embajadores, les obsequió un dia con un simulacro, en el cual hizo jugar las tres armas de que disponia, y apenas los mejicanos escucharon los disparos de la artillería y vieron el bélico ardor de los corceles, turbáronse de tal modo, que mientras unos caian al suelo aterrados, otros corrían á guarecerse en los bosques, siendo los menos los que para disimular algun tanto su miedo permanecieron inmóviles, fingiendo una gran admiracion.

Indicado por Cortés el objeto que le habia llevado á aquella tierra, la respuesta del Emperador fue, que aun cuando le era muy agradable la amistad del monarca extranjero, á la que correspondia con suntuosos regalos, no tenia por conveniente, por razon del estado en que se hallaba su país, permitir que Cortés y sus soldados pasasen á visitarle.

Insistió Cortés, persistió en su negativa Motezuma, y el caudillo español despidió á los embajadores, diciéndoles que de allí no se movería hasta que recibiese una respuesta mas satisfactoria del Emperador, sintiendo que si esta se dilataba se veria obligado á ir mas de cerca á exigirle.

Una vez lejos los embajadores, fundó Cortés en el lugar en que estaba la poblacion á que puso el nombre de *Villa-Rica de Vera-Cruz*, y una vez constituido el ayuntamiento, con un tacto político superior á todo elogio, teniendo en cuenta lo que anteriormente tratara de hacer con él el gobernador Velazquez, se presentó ante el consistorio y renunció el cargo que desempeñaba, fundándola en que el título con que la habia ejercido hasta entonces, solamente consistia en un nombramiento del gobernador de Cuba, nombramiento revocado despues.

Ya sabia, porque de antemano lo habia dispuesto, que su renuncia no seria admitida, y efectivamente el municipio le dió de nuevo su título en nombre del Rey, hasta que este enterado de todo, resolviera lo que tuviera por mas conveniente.

Convocóse á voz de pregonero á la gente, y enterada de lo ocurrido, fue saludado el acuerdo del municipio con grandes aplausos.

Cortés aceptó, y aun cuando tuvo que emplear en los primeros momentos el rigor para desarmar á los partidarios de Velazquez, presto se fue templando, consiguiendo que todos le sirvieran leal y fielmente.

Mas tarde ajustó paz y amistad con los de la tribu de Zempoala, cuyos ídolos destruyó en un arranque de religiosa indignacion, segun describiremos en el capítulo siguiente, y entonces concibió y llevó á cabo el designio de echar á pique las naves que les condujeron, privando así á sus soldados de toda esperanza de regresar á su país, obligándoles por este medio á vencer ó morir.

Con extraordinaria habilidad arregló este asunto, que á sus soldados les pareció puramente casual, y que á él le dió el resultado que apetecía.



LOS ESPAÑOLES DESTRUYEN LOS ÍDOLOS EN ZEMPOALA.

CAPITULO XXXVIII.

Entrada de los españoles en Zempoala llamados por su Cacique.—Atrevimiento de Cortés destruyendo los ídolos de los indios y prohibiendo los sacrificios humanos.—Coloca un altar con una cruz y una imagen de la Virgen.—Envía a España un buque con cartas para el Emperador.—Conspiración contra Cortés.—Destruye este sus naves, para impedir la fuga de sus soldados.—Entran los españoles en Tlascalala.

El cacique de Zempoala, extenso territorio perfectamente cultivado, y cuyas poblaciones no carecían de cierta elegancia y buen parecer, invitó á Cortés para que pasase á aposentarse en su capital, toda vez que él no podía salir á su encuentro á causa de su extrema obesidad.

Habían llegado á su noticia las proezas de los españoles en Tabasco, y como precisamente la mayoría de los caciques de aquellos contornos hallábanse oprimidos y vejados por Motezuma, sufriendo á duras penas su yugo, aprovecharon aquella ocasión que se les presentaba para adquirir un aliado fuerte y poderoso.

Mucho importaba también á Cortés crearse amigos en los territorios que iba atravesando, y así fue que acudió á visitar al cacique de Zempoala, prometiéndole su ayuda, y prestándole desde luego un gran auxilio, merced á la circunstancia de haber llegado por entonces á la ciudad los encargados por el Emperador de cobrar los impuestos de aquellos pueblos, impidiendo Cortés que lo realizasen.

El cacique de Quiabistan solicitó igualmente la amistad de los españoles: ofreciósele Cortés, y bien pronto la fama de estos se extendió por aquellas comarcas, cuyos caciques, en número de treinta, prestaronle obediencia, ofreciéndoles sus tropas para acompañarles en la expedición.

Entonces fue cuando Hernán Cortés, encantado de la fertilidad y excelentes condiciones del terreno que se extendía entre Quiabistan y el mar, fundó en él la verdadera ciudad de Vera Cruz, como la población que había de servir de base á todas sus operaciones, puesto que ella sería su depósito de víveres, y puerto seguro para sus naves.

Establecido en ella, y auxiliado para los trabajos de construcción por los mismos zempoales, iban cada día estrechando mas sus relaciones, no solamente con ellos, sino con los demás caciques, cuando un acontecimiento imprevisto estuvo á punto de destruir la buena armonía en que se hallaban.

«Ocurrió en esta sazón, dice Solís, una de las festividades más solemnes de sus ídolos, y los zempoales se juntaron, no sin algún «recreo de los españoles, en el principal de sus adoratorios, donde «se celebró un sacrificio de sangre humana, cuya horrible función «se ejecutaba por mano de los sacerdotes, con las ceremonias que «veremos en su lugar. Vendíanse despues á pedazos aquellas víctimas infelices, y se compraban y apetecían como sagrados manjares: bestialidad abominable en la gula, y peor en la devoción. «Vieron parte de este destroz algunos españoles que vinieron á «Cortés con la noticia de su escándalo.»

Fácilmente se comprende lo que se irritaría el valiente y generoso caudillo con semejante nueva, y olvidando la prudencia, cegado por la cólera, ordenó que inmediatamente se armasen sus soldados, y llamasen al cacique y á los demás nobles que le acompañaban.

Una vez en su presencia dirigióse con ellos al adoratorio, donde ya estaban los sacerdotes que, recelosos de lo que pudiera ocurrir, habían llamado al pueblo para que en caso necesario defendiese á sus dioses.

Hernán Cortés, sin preocuparse por aquella multitud que en agresivo ademán le aguardaba, ordenó á D. Marina les dijese que á la primera flecha que llegasen á lanzar mataría al cacique y á los demás personajes zempoales que tenía en su poder.

Esta amenaza fue suficiente; desde el cacique hasta el menor de sus súbditos pusieronse á temblar, y tan luego como por Cortés fue ordenado á estos que se retirasen, apresuráronse á hacerlo, no quedando en aquel sitio mas que el cacique, los sacerdotes y los nobles que acompañaban á su señor.

Entonces Cortés, dirigiéndose á los sacerdotes, les dirigió un discurso contra sus falsos ídolos, terminando con pedirles que para convencerse de su poco poder los derribasen ellos mismos de sus altares.

Ninguno se atrevió á hacerlo; llenos de supersticioso temor temblaban á cada momento presenciando la temible explosión de la cólera de sus dioses, y este temor subió de punto cuando Cortés ordenó á sus soldados que los derribasen.

Ejecutáronlo así, y si grande había sido el temor, no lo fue menos la admiración al ver que aquellos ídolos se rompían en mil pedazos sin que la cólera celeste se mostrase por señal alguna.

Con esto ganaron Cortés y los suyos extraordinariamente en el ánimo de aquellas gentes, y todos pusieronse con afán á ayudar á los españoles á transformar el adoratorio indio en iglesia cristiana, construyéndose un altar donde se puso una imagen de la Virgen, celebrándose al siguiente día y con gran solemnidad el santo sacrificio de la misa.

De regreso Cortés á su nueva población de Vera Cruz, por noticias que recibió por el capitán Francisco de Saucedo, que desde Cuba fue á reunirse con él, comprendió que había llegado el momento de enviar al Monarca español noticias de sus hechos para obtener su aprobación, y en su consecuencia despachó un buque con ricos presentes, en el cual iban los capitanes Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo, con cartas para Carlos,

en las que se solicitaba la confirmación del cargo que desempeñaba, demostrando en ellas la confianza que abrigaba respecto al buen éxito de su empresa.

El día 16 de julio de 1519 salieron los comisionados para España, y los amigos que el gobernador de Cuba tenía en el pequeño ejército de Cortés trataron de organizar una conjuración para abandonarle, y marchar á Cuba á dar cuenta á Velazquez de lo ocurrido.

Felizmente suplo á tiempo el valiente caudillo, viéndose obligado á usar de gran rigor, no ya para castigar solamente á los que habían delinquido, sí que también para prevenir nuevos sucesos análogos.

Sin embargo, Cortés no quedó tranquilo á pesar de haber salvado aquel peligro. Comprendía que semejantes incendios siempre suelen dejar chispas que el menor accidente aviva, y esto podía poner en grave riesgo su plan.

Entonces fue cuando, vacilante, preocupado por tan lúgubres pensamientos, concibió la idea que mas demuestra la grandeza de su ánimo, y que tan ensalzada ha sido por propios y extraños, ya que no por la novedad de ella, pues en las historias antiguas se encuentra algun ejemplo, por las distintas condiciones en que se hallaba el General español de las en que se hallaron los que en aquellos tiempos remotos los llevaron á cabo: la de barrenar y echar á pique las naves, según hemos manifestado en el anterior capítulo.

Únicamente se reservó los esquifes para el uso de la pesca, y despues de terminado aquel acto arengó á sus soldados con tanta elocuencia, y tal entusiasmo supo inspirarles, que, aun aquellos á quienes lo que acababa de suceder había desazonado y enfurecido, juraron no abandonarle jamás, pidiendo á veces la marcha sobre la capital del imperio mejicano, donde esperaban resarcirse de las fatigas y penalidades que sufrían.

Reinaba en esta á la sazón tanto enojo como temor, á vista de la resolución manifestada por el esforzado caudillo de marchar sobre Méjico, y por las alianzas que aquel iba formando con todos los caciques enemigos de Motezuma.

Dispuesto todo para la partida de los españoles, dejó Cortés en Vera Cruz una guarnición compuesta de ciento cincuenta hombres y dos caballos, al mando del capitán Juan de Escalante, y con el resto de la fuerza, que ascendía á quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de artillería, auxiliados por un cuerpo de zempoales que el cacique puso á disposición de Cortés, púsose este resueltamente en camino hácia la república de Tlascalala el día 16 de agosto de 1519.

Bélicosos en extremo los habitantes de ella, numerosos y con alguna organización guerrera, gobernábanse por un Senado que, despues de haber cruzado varios mensajes con los españoles, rechazó la paz que Cortés les ofreciera, y preparó sus huestes para la guerra, confiando el mando de ellas al joven Xicotencal, famoso guerrero de aquella nación, y uno de los que mas ardientemente habían abogado porque se rompieran las hostilidades contra aquellos extranjeros, que á su juicio no podrían resistir el empuje de sus compatriotas, mas valientes y aguerridos que las demás tribus comarcanas.

Distintos fueron los combates que hubieron de sostener los expedicionarios, eficazmente ayudados por los zempoales, contra los tlascaltecas, quedando estos vencidos siempre, á pesar de la gran superioridad numérica de sus fuerzas, hasta que convencidos de que nada podían contra aquellas gentes que lo mismo peleaban de día que de noche, y que siempre estaban prevenidas, concluyeron por ofrecerles la paz.

Hízose algun tanto rogar Cortés, hasta que finalmente concedió lo que se le pedía, verificando con toda pompa y ostentación su entrada en Tlascalala á fines del mes de setiembre.

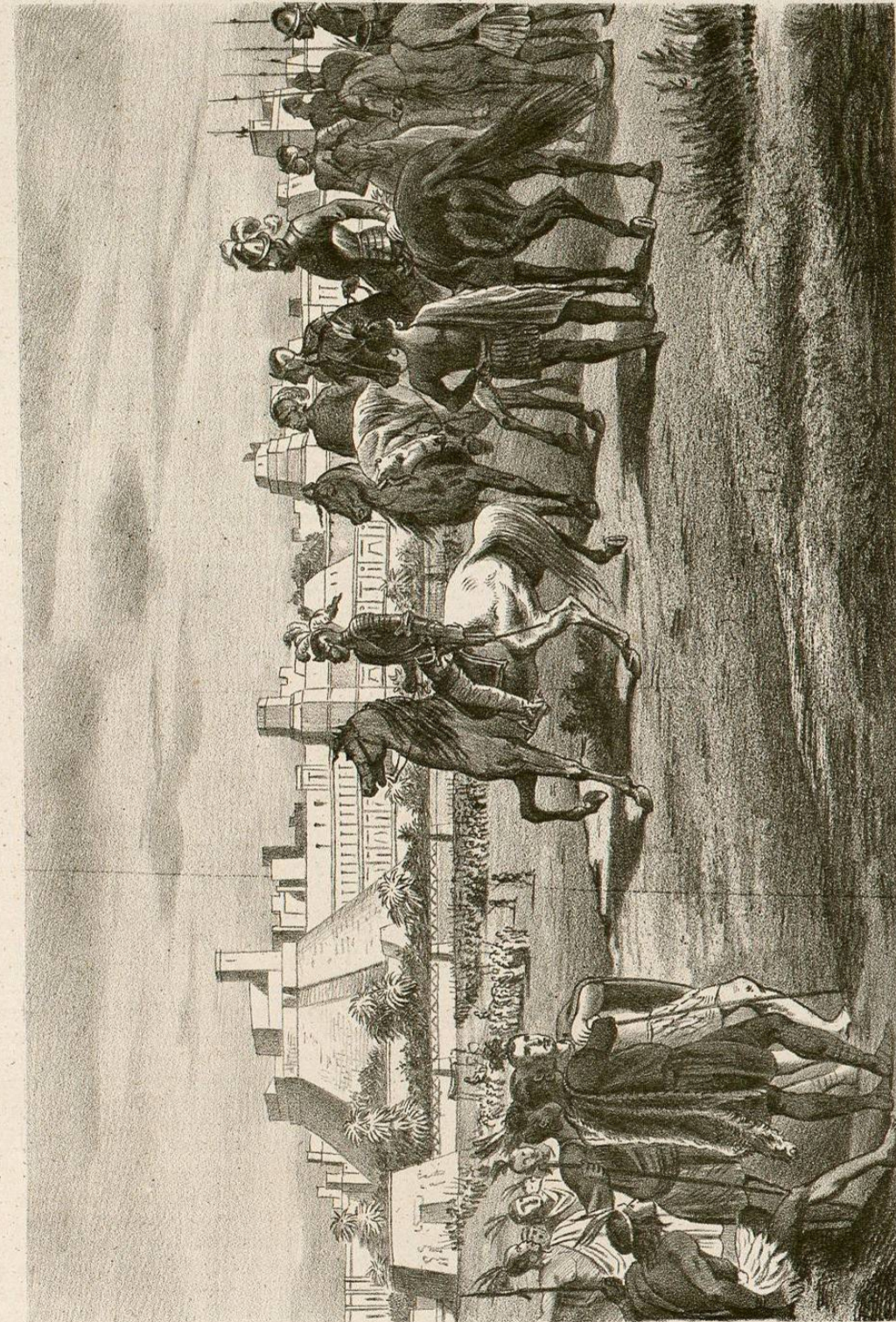
Toda la anterior hostilidad de los tlascaltecas trocóse para lo sucesivo en afecto y lealtad, y es prueba de ello que cuando Cortés se decidió á seguir su marcha hácia Méjico, el Senado ordenó que le acompañase un numeroso cuerpo de tropas para defenderle en caso necesario.

En Cholula, á donde se dirigieron los españoles, formóse una conspiración promovida por los enviados de Motezuma, conspiración que, providencialmente descubierta por la india Marina, abortó con grave quebranto de los que en ella tomaron parte.

Los españoles y sus aliados se vengaron terriblemente de los cholulanos, haciendo en ellos considerable matanza, y aun cuando los embajadores de Motezuma trataron de excusarse, Cortés dió bien poco crédito á sus protestas, y en lo sucesivo caminó con mayores precauciones.

Despues de este suceso, y merced al castigo que habían recibido los de Cholula, Cortés procuró reconciliar á estos con los tlascaltecas, de quienes eran enemigos había mucho tiempo.

Iguales oficios había practicado ya con los caciques de otras provincias que se hallaban en guerra entre sí, consiguiendo por este medio crearse nuevos y poderosos auxiliares, demostrando en esto tanto su buen tacto político y su discreción como su valor y su esfuerzo en los combates.



EL EMPERADOR MOTEZUMA SALE A RECIBIR Á CORTÉS.